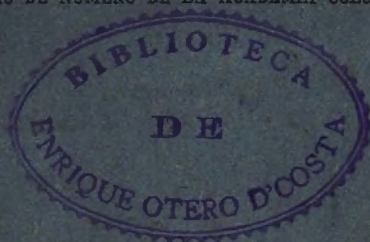


# EL VIAJE DE HUMBOLDT A AMERICA

POR

NICOLAS GARCIA SAMUDIO

PRESIDENTE Y MIEMBRO DE NUMERO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA



503 Pta 11  
3

BOGOTA

Imprenta de "La Luz"

1934

# EL VIAJE DE HUMBOLDT A AMERICA

POR

NICOLAS GARCIA SAMUDIO

PRESIDENTE Y MIEMBRO DE NUMERO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA



*Al muy estimado colega  
y amigo Enrique Otero  
D'Costa - affmo*

BOGOTA

Imprenta de "La Luz"

1934

*Res -  
1934*



# El viaje de Humboldt a América

---

Conferencia dictada por el doctor Nicolás García Samudio en la  
Academia Colombiana de Historia el 30 de julio de 1934

---

*Señores Académicos, señoras y señores:*

Después de la batalla de Waterloo, cuando el Emperador Napoleón llegó a convencerse de que ya «no contaba con la unión de todos los esfuerzos, con la conjunción de todas las voluntades ni con el concurso de todas las autoridades» para afrontar la lucha contra las potencias aliadas, y terminaba su vida política ofreciéndose en sacrificio al odio de los enemigos de Francia, como decía en su proclama del 22 de junio de 1815, comenzaron a desplegarse ante aquella imaginación genial nuevos horizontes de grandes y gloriosas actividades que pudieran llenar y satisfacer el alma del héroe vencido. «La inacción sería para mí la más cruel de las torturas, decía al gran matemático y físico Gaspar Monge en los momentos en que dialogaba con él a lo largo de los paseos en la Malmaison antes de su salida para Rochefort. En adelante, continuaba, sin armas y sin imperio no veo sino las ciencias que puedan imponerse fuertemente a mi alma. Quiero hacer una nueva carrera, dejar trabajos, descubrimientos dignos de mí». Housaye en su obra «1815» relata aquellos diálogos y refiere cómo Napo-

león había comenzado a leer poco antes las primeras páginas del «Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente», que acababa de publicar el Barón de Humboldt, y que habían despertado en el Emperador tan profundo interés que en aquellos supremos momentos de indecisión lo habían hecho pensar en seguir las huellas del sabio alemán por los nuevos países de América. «Me hace falta un compañero que me ponga inmediata y rápidamente al corriente del estado actual de las ciencias, continuaba diciendo a Monge. En seguida recorreremos juntos el Nuevo Continente desde el Canadá hasta el Cabo de Hornos y en ese inmenso viaje estudiaremos todos los grandes fenómenos de la física del globo. Monge amaba profundamente al Emperador, dice Housaye. Sobre el trono, a la cabeza de los ejércitos no le había parecido tan grande ni tan digno de admiración como en ese momento en que, derribado por la suerte, se levantaba de nuevo para una vida nueva.—«Señor, exclamó Monge en su entusiasmo, vuestro colaborador está encontrado. Soy yo quien os acompañará».

Monge tenía 70 años. Napoleón, dándole las gracias, le manifestó que esa no era la edad de los viajes lejanos. El viejo sabio se dejó convencer, pero prometió hallar al Emperador un compañero digno de él, y en ello se ocupó luego.

Al leer en la Malmaison el libro de Humboldt, continuaba Napoleón el sueño que había expuesto a los ojos deslumbrados de Monge.

La suerte señaló tan diversas rutas a aquellos dos hombres que en realidad no fue sino un sueño el pensamiento de Napoleón de venir a América, sueño que brotó de las páginas inmortales en que Humboldt relató la realización de sus más férvidas aspiraciones científicas.

Cuando en 1792 Federico Alejandro de Humboldt se graduó en la Academia de Freiberg contaba apenas 23 años y había ensayado varios caminos sobre el curso que diera en la vida a las deslumbrantes capacidades, energías y actividades que había revelado así al lado de sus maestros en la casa solariega de Tegel y en las carreras militar y administrativa en que se pretendió encauzarlo, como en la Universidad de Franckfort. Se había manifestado también como hombre de gran corazón, como filántropo de singular desprendimiento en sus estudios e investigaciones



científicas y de sentimientos nobles y generosos de que luego en su larga vida dio repetidas muestras en sus constantes relaciones con los países americanos. Pero su decisiva inclinación por los estudios científicos comenzó pronto a dominar su voluntad, y a medida que se fue vinculando a la amistad de maestros y sabios de la época fue consagrándose más y más a las investigaciones físicas y a la botánica. Como contemporáneo y amigo que era del botánico alemán Willdenow colaboraba en el gabinete de este sabio y se ocupaba en la clasificación de ejemplares de la flora lo cual hizo estallar su vocación definitiva «como un incendio que nada pudo apagar», según la frase del escritor mejicano Carlos Pereyra. «La vista de las plantas exóticas, aún secas en los herbarios, refiere Humboldt en sus «Confesiones», llenaron mi imaginación de los goces que debía ofrecer la vegetación de los países cálidos. Willdenow, que mantenía estrechas relaciones con Thunberg, recibía con frecuencia plantas del Japón, las cuales no podía yo ver sin la idea de visitar esos países». «Desde entonces tomé la resolución de dejar a Europa, pero era demasiado buen hijo para hacerlo en vida de mi madre». Entretanto continuó preparándose para una excursión que hasta entonces era apenas un remoto ideal, y para cuya realización necesitaba mayores estudios. Vinieron después las decisivas influencias que sobre él ejercieron George Foster, el compañero y cronista de los viajes de Cook, Hayne, Blumenbach, Scharader y otros naturalistas. Hizo en aquellos años excursiones científicas por el Rhin, y con Foster recorrió Holanda, Flandes, Inglaterra y Francia. Más tarde fue asesor y luego Consejero superior de la administración de minas de Alemania, y sorprendió a su patria y al Emperador Federico Guillermo II, quien leyendo los trascendentales informes de Humboldt exclamó: «¿Quién es ese hombre que hace tales cosas solo por un impulso desinteresado en el cumplimiento de su deber?» Aquel grande hombre debía venir años después a estudiar también las minas de Colombia.

De 1794 a 1796 realizó importantes viajes por Alemania, la alta Italia y los Alpes y se dedicó también a la Anatomía, a la Botánica y a la mineralogía e hizo publicaciones que llamaron la atención de Gay Lussac, Shiller y Goethe, con lo cual alcanzó reputación europea como hombre de gran saber. En 1796 fa-



llecio su madre y ya sólo pensó en el gran viaje a un lejano continente donde pudiera saciar su sed incontenible de exploraciones, de estudios y de descubrimientos. «El supremo objeto de la labor de Humboldt fue, dice M. Hamy en el estudio preliminar a las cartas de aquél, el de fundar sobre sólidas bases lo que se ha llamado la *física del globo* y para lo cual jamás cesó de reunir datos precisos sobre las posiciones de los puntos más notables de la superficie terrestre en longitud y en latitud, su elevación, la inclinación de la aguja imantada, la acción de las fuerzas magnéticas, etc., midiendo al mismo tiempo los grados de humedad y de temperatura, el estado eléctrico y la transparencia del aire, la fosforescencia del mar, la intensidad de la luz, de los astros, etc. Con no menos celo estudió la superposición de las capas terrestres y los fósiles que las caracterizan, las relaciones de los grupos vegetales con el suelo, la altitud relativa de las rocas y de las plantas, las formas y los aspectos del paisaje, el clima y su influencia en los seres vivientes. Se esforzó, en fin, por precisar las modificaciones impuestas por el medio a todos los seres organizados, desde los vegetales hasta el hombre».

A tan inmenso plan de investigaciones consagró Humboldt sus poderosas capacidades, su pujante juventud, su actividad y su ilustración, y las dejó consignadas en numerosas obras de permanente interés en el mundo científico. Adelantando sus estudios en París y apoyado por el Ministro Talleyrand se le ofreció toda clase de facilidades para viajar al Oriente y para que hiciera parte de una gran expedición que el gobierno del Directorio había resuelto despachar a dar la vuelta al mundo, encabezada por el Capitán Baudin y que más tarde debía influir en el itinerario de Humboldt en América. Por circunstancias políticas aquella expedición no salió entonces, pero de tales planes quedó la decisiva amistad con M. Aimé Bonpland, quien debía quedar estrechamente vinculado a la historia de aquel gran viaje a América. Tampoco se había podido realizar antes un proyecto de viaje a Egipto con Lord Bristol debido al anuncio de la expedición de Bonaparte a aquel país. Fracasados tales intentos proyectó una exploración a la cordillera del Atlas con el apoyo del Cónsul de Suecia en París, y ya listos a embarcarse en Marsella se anunció la pérdida de la fragata que debía conducirlos al África.

No realizado tampoco este proyecto, decidió dirigirse a España para intentar un viaje a Esmirna, lo cual fue decisivo para América, continente que vino a ser por obra de aquellas circunstancias el sitio afortunado que debía recibir la inmortal visita de Humboldt, y a cuya historia debía quedar vinculado por estrecha amistad para otros tiempos en que profundas transformaciones políticas debían presentar al nuevo continente no ya como una dependencia colonial sino como un mundo libre que buscaría así solución a sus grandes problemas económicos y científicos.

El Barón de Forell, diplomático y hombre de ciencia, representante de Sajonia en España, presentó a Humboldt al Ministro don Mariano Luis de Urquijo, quien ofreció con entusiasmo y efectividad sin precedentes en la política colonial de España toda clase de apoyos para un viaje al Continente americano.

Olgamos al propio Humboldt la narración sobre aquel hecho:

«Desde mi primera juventud me sentí con una viva inclinación y un ardiente deseo de hacer un viaje a regiones remotas y poco visitadas por los europeos. Este deseo caracteriza una época de nuestra existencia en que la vida nos parece como un horizonte sin límites y en que nada tiene para nosotros tanto atractivo como las fuertes agitaciones del alma y la imagen de los peligros físicos. No era el deseo de la agitación ni de la vida errante lo que me animaba, sino el de ver y observar de cerca una naturaleza salvaje, majestuosa y variada en sus producciones y la esperanza de recoger algunos hechos útiles a los progresos de las ciencias que llamaban sin cesar mis deseos y votos hacia esas bellas regiones situadas bajo la zona tórrida. En el mes de marzo de 1799 me presenté a la Corte de Aranjuez y el Rey se dignó acogerme con bondad. Le expuse los motivos que tenía para emprender un viaje al Nuevo Continente y a las Islas Filipinas y presenté sobre este objeto una memoria en la primera Secretaría de Estado. El Caballero de Urquijo apoyó mi demanda y allanó todas las dificultades. El proceder de este Ministro fue tanto más generoso cuanto que yo no tenía con él lazo alguno de amistad personal. El celo que constantemente manifestó para la ejecución de mis proyectos no tuvo otro motivo que su amor y adhesión a las ciencias, razón por la cual es un deber y una satisfacción publicar aquí los servicios que me hizo ese digno Ministro. Obtuve



dos pasaportes: una de la primera Secretaría de Estado y otro del Consejo de Indias. Jamás se había honrado a ningún extranjero con tanta confianza por el gobierno español. El pasaporte expedido por la Secretaría de Estado decía :

«Ordena Su Majestad a los Capitanes Generales, Gobernadores, Corregidores y demás justicias no impidan por ningún motivo la conducción de instrumentos de física, química, astronomía, y matemáticas, ni el hacer en todas las posesiones ultramarinas las observaciones y experimentos que el Barón de Humboldt juzgue útiles, como tampoco el coleccionar libremente plantas, animales, semillas y minerales ; medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de éstos y hacer observaciones astronómicas y descubrimientos útiles para el progreso de las ciencias; pues, por el contrario, quiere el Rey que todas las personas a quienes correspondan den al Barón de Humboldt todo el favor, auxilio y protección que necesite.

«De Aranjuez, a 7 de mayo de 1799».

«Estas órdenes de la Corte han sido constantemente seguidas — continúa el Barón en su relación — aun después de los acontecimientos que obligaron al Caballero Urquijo a dejar el Ministerio. Por mi parte he tratado de corresponder las consideraciones de un interés tan constante, ya con mi gratitud, ya con mi observación y ya con las producciones que he remitido para el gabinete de historia natural y de ciencias de España. He presentado durante mi permanencia en América a los gobiernos de las Provincias copias exactas de los materiales que he recogido y que puedan interesar a éstas y a la metrópoli, propagando algunas luces sobre la geografía y la estadística de las colonias. Conforme a la promesa que hice antes de mi partida, remití muchas colecciones geológicas al gabinete de Historia natural de Madrid.

«Durante cinco años que hemos recorrido el Nuevo Continente no hemos notado la más breve señal de desconfianza. Me es muy agradable recordar aquí que en medio de las más penosas privaciones y luchando contra los obstáculos que son consiguientes al estado salvaje de estos países, no hemos tenido que quejarnos de la injusticia de los hombres».



Comenzaron entonces a realizarse los sueños y los ideales de Humboldt. Tenía apenas 30 años y su única ambición era atravesar el Continente estudiando las ciencias de su predilección, y como es preciso recordarlo, sin apoyo pecuniario alguno de gobiernos, sociedades o entidades interesadas en aquel viaje, sino con cargo a su propia fortuna particular, lo que aún hace más grande el mérito de aquella travesía de cinco años, dedicados, sin remuneración alguna, al estudio de la naturaleza tropical y al estado de los países americanos.

En cartas de la Corogne, de 4 y 5 de junio de 1799, decía al mineralogista Freisleben:

«Qué felicidad se me presenta. Mi cabeza da vueltas de alegría. Partiré en la fragata española *Pizarro*; tocaremos en las islas Canarias, en la costa de Caracas y en la América del Sur. Qué tesoro de observaciones podré hacer para enriquecer mi trabajo sobre la formación de la tierra». «Coleccionaré plantas y fósiles, haré observaciones astronómicas con aparatos excelentes, analizaré el aire con ayuda de la química. Pero todo esto no será el sólo objeto de mi viaje: mi atención no perderá de vista la armonía de las fuerzas concurrentes y la influencia del universo inanimado sobre los reinos animal y vegetal».

Decidido entonces el viaje, dice a su amigo Willdenow estas palabras que sintetizan el resultado de sus permanentes esfuerzos coronados ya por la fortuna: «El hombre debe perseguir lo grande y lo bueno. Lo demás depende del destino». Quería él relizar obras trascendentales y hacia ese ideal había consagrado toda su actividad, y el destino le abrió en España las puertas para poner en práctica lo que deseaba: le dio paso franco a la nueva y bella América, y como siglos antes Colón, después de haber realizado esfuerzos inútiles ante otros gobiernos y otros países, había hallado apoyo decisivo en la Corona de España para descubrir el Nuevo Mundo, así Humboldt también, después de haber intentado sin éxito embarcarse para otro continente con el apoyo de otros gobiernos, llegó al fin ante el de España, el cual empujó la fragata *Pizarro* hacia las costas inexploradas de América, como había empujado antes la Niña, la Pinta y la Santamaría para descubrir nuevos mundos. Se complementó con Humboldt la obra sin igual en favor de la humanidad que España había iniciado con Colón.

Abandonadas las costas de Europa, Humboldt viene usando sus instrumentos y haciendo incesantes observaciones en alta mar. En carta de 20 de junio de 1799, desde Tenerife, le dice a su hermano Guillermo: «Las noches han sido soberbias; la luna ha estado tan clara y el cielo tan sereno que he podido leer en un sextante: y las constelaciones del sur, el Centauro y la Osa! Qué noches! Hemos pescado un animal poco conocido, el *Dagysa notata*, donde mismo lo descubrió Banks, y un nuevo género de plantas que crece a 50 toesas de profundidad. El mar ha brillado todas las noches; en Maderas las aves como que han salido a nuestro encuentro, y llenos de confianza en nosotros, han seguido nuestra ruta durante varios días». De todo cuanto impresionó al Humboldt en América, fue quizá nuestro cielo el que más emociones despertó en su alma y el que le inspiró párrafos más sentidos y poéticos para sus obras, porque él no era sólo un matemático y un físico, ni estudiaba solo el aspecto técnico de las cosas, sino que, sensible a toda emoción y dueño de un temperamento artístico para apreciar la belleza natural, poseía un espléndido estilo para la literatura descriptiva, lo que hace de sus obras no sólo páginas de consulta científica sino también de deliciosa e interesante lectura. Una muestra de su estilo dejó en las primeras impresiones que recibió bajo los cielos tropicales. («Viaje a las regiones equinocciales del nuevo Continente», Libro I, Cap. III):

«Desde que llegamos a la zona tórrida no nos cansábamos de admirar por las noches las bellezas del cielo austral, pues a medida que avanzábamos hacia el sur se presentaban nuevas constelaciones ante nuestros ojos. Se experimenta yo no sé qué sentimiento desconocido cuando llegando al Ecuador, y sobre todo al pasar de uno a otro hemisferio, vemos bajar progresivamente y luego desaparecer las estrellas que conocemos desde la primera infancia. Nada recuerda más vivamente al viajero la distancia inmensa de su patria como el aspecto de otro cielo. La agrupación de las estrellas de primera magnitud, algunas nebulosas dispersas que rivalizan en esplendor con la Vía Láctea, y ciertos espacios notorios por una extrema negrura, dan al cielo austral una fisonomía peculiarísima. Este aspecto impresiona la imaginación aun de aquellos que careciendo de instrucción en



las ciencias exactas, se extasían contemplando la bóveda celeste como se admira un hermoso paisaje o un sitio majestuoso». «Como las capas inferiores del aire estaban cargadas de vapores desde hacía algunos días, no vimos claramente la Cruz del Sur sino en la noche del 4 al 5 de julio, a los 16 grados de latitud. Estaba notablemente inclinada y aparecía de tiempo en tiempo entre nubes, y de su centro surcado por relámpagos de calor, irradiaba una luz argentina. Si es lícito para un viajero hablar de sus emociones personales, añadiré que esa noche vi realizado uno de los sueños de mi juventud.» «Con la impaciencia que sentía por conocer las regiones ecuatoriales, no podía levantar la vista a la bóveda celeste sin pensar en la Cruz del Sur y en aquellos pasajes sublimes del Dante que los comentadores han aplicado a esa constelación». «La satisfacción que experimentásemos al descubrir la Cruz del Sur era compartida vehementemente por los compañeros de tripulación que habían vivido en las Colonias. En la soledad de los mares se saluda a una estrella como a un amigo de quien hemos estado ausentes durante mucho tiempo. Los portugueses y los españoles tienen motivos particulares que parecen dar mayor intensidad a esa predilección: un sentimiento religioso establece vínculos entre ellos y esta constelación, cuya forma les recuerda el signo de la fe implantada por sus padres en los desiertos del Nuevo Mundo».

Y en otras páginas vuelve Humboldt a referirse a la famosa constelación que sirve de guía o reloj al viajero: «Cuántas veces oímos decir a nuestros guías en las llanuras de Venezuela o en el desierto que se extiende de Trujillo a Lima: «Ya es media noche, la Cruz comienza a inclinarse», y cuántas veces estas palabras nos han traído a la memoria aquella tierna escena entre Pablo y Virginia, cuando sentados al lado de la fuente de los Lataneros hablaban ya por última vez, y el viejo compañero contemplando entre tanto la Cruz del Sur les advertía que ya era tiempo de separarse».

Se viene acercando la fragata *Pizarro* a las costas de Venezuela y un incidente doloroso hace cambiar el rumbo de Humboldt, con gran fortuna para América, pues el proyecto primitivo del viaje era solo tocar en Caracas, pasar a la Habana y de allí a Méjico, pero llegando a Cumaná aparece a bordo la

fiebre amarilla y se decide a desembarcar en aquel puerto. A medida que se aproximaba el momento de tocar en nuestras tierras, las emociones para Humboldt son más y más intensas, sentimiento que mezclado con el dolor por la muerte de un compañero de viaje, le hace escribir párrafos espléndidos y llenos de sentimiento: «Nos reunimos en la cubierta, refiere, y nos entregamos a tristes meditaciones porque ya no era dudoso que la fiebre a bordo había tomado en los últimos días un carácter pernicioso. Nuestra vista se fijó sobre una costa montuosa y desierta que la luna alumbraba de tiempo en tiempo por entre las nubes. El mar, agitado suavemente, brillaba con un resplandor fosfórico; sólo se oía el ruido monótono de algunas aves marinas que parecían buscar la costa en medio de la profunda calma que reinaba en aquellos parajes solitarios. Aquella calma de la naturaleza contrastaba con los dolorosos sentimientos que nos agitaban. La campana de difuntos tocó a eso de las ocho de la noche, y a su lúgubre tañido los marineros interrumpieron sus trabajos y se pusieron de rodillas para hacer una breve oración. La ternura de aquella ceremonia parecía representar la época de los primeros cristianos cuando todos se consideraban miembros de una misma familia, y parecían unidos los hombres por el sentimiento de una desgracia común».

Y luego describe el aspecto de Cumaná al momento de desembarcar: «Se presentaron a nuestra mirada grupos de cocoteros que adornaban el río y cuyos troncos de más de 70 pies de altura, dominaban el paisaje. La llanura está cubierta de pomposas cañafistolas, caparis, y de esas mimosas arborecentes que semejantes al pino de Italia extienden sus ramas en forma de parasol. Las hojas aterciopeladas de las palmeras se perdían en el azul de un cielo cuya pureza no era turbada por vestigio alguno de vapores, y el sol subía rápidamente hacia el cenit. Una claridad deslumbrante se extendía por el aire, iluminaba las colinas blanquizas salpicadas de cacteros cilíndricos y hacía más brillante el tranquilo mar, cuyas riberas estaban pobladas de alcatraces, agrestas y flamencos. El brillo del día, el vigor de los colores vegetales, la forma de las plantas, el diferente plumaje de los pájaros, todo anuncia el gran carácter de la naturaleza en las regiones equinocciales».



Imposible sería seguir ahora con detenimiento el viaje de Humboldt por Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Méjico. Las observaciones, los estudios, los apuntes, las cartas y los mapas fueron tan numerosos que dieron al sabio tema para muchos volúmenes en cuya redacción y publicación empleó varios años después de su regreso a Europa. Apenas podré referirme a algunos puntos culminantes de esa gran exploración siguiendo las líneas generales del itinerario.

De Cumaná, a cuyo estudio dedicó largas páginas, pasó a Caracas, «gran capital, dice, ciudad encantadora que a causa de la proximidad de montañas nevadas es de los lugares más frescos y sanos de América y que goza de un clima como el de Méjico». Allí permaneció dos meses y medio, y las excursiones, fiestas sociales y actos que se celebraron en honor de los visitantes europeos, dieron tema a don Aristides Rojas para escribir uno de sus mejores volúmenes. Las relaciones con las familias principales de Caracas, fueron el origen de la amistad y conferencias posteriores en París entre el Barón de Humboldt y Bolívar.

Después, por la Guayra y Barcelona llegó a Puerto Cabello e inició la penetración al interior del país a través de las llanuras de Calabozo y del Apure hasta las riberas del Orinoco. Subió este río y llegó hasta las bocas del Meta; fijó la confluencia de las dos corrientes, corrigió mapas anteriores y analizó las grandes ventajas económicas que el Meta tendría para Colombia: «El río Meta que recorre las vastas llanuras de Casanare, dice, y que es navegable hasta el pie de los Andes de la Nueva Granada, será de la mayor importancia política para los habitantes de la Guayana y de Venezuela. Desde el golfo Triste y la Boca del Gragón una flotilla puede remontar el Orinoco y el Meta hasta quince o veinte leguas de distancia de Santa Fé de Bogotá, y bajar por el mismo camino las harinas de la Nueva Granada. El Meta es como un canal de comunicación entre unos países colocados bajo la misma latitud pero que se diferencian tanto en sus producciones como la Francia y el Senegal. Esta circunstancia hace importante el conocimiento exacto del origen de un río tan mal figurado en nuestros mapas».

Los viajeros recorrieron más de 80 leguas de aquellos caudalosos ríos y llegaron hasta los raudales del Orinoco, teniendo como prin-

cipales colaboradores en todo momento a las misiones religiosas, a las cuales siempre hizo justicia Humboldt por la ayuda científica y práctica que le prestaron en tan trascendental y sufrida labor. La descripción del Orinoco forma una de las más interesantes páginas de las obras del Barón y fue publicada en castellano en el «Repertorio Americano» de Londres. La contemplación del llamado raudal de Maipures la estimó el sabio viajero como la impresión más profunda e imborrable de su viaje. «Al llegar a la cima de la roca, dice, los ojos miden de pronto una sábana de espuma que tiene por lo menos una milla de extensión. Enormes masas de piedra, negras como el hierro, salen de su seno, surgen también rocas agrupadas de dos en dos, que parecen columnas basálticas; otras en forma de torres o de castillos, o de ruinas. Su color sombrío contrasta con el centelleo plateado de la espuma. Cada roca y cada isla es un tiesto desbordante de árboles vigorosos. Desde el pie de esas columnas y hasta donde alcanza la vista, hay un pesado cendal de vapores tendidos sobre la superficie de las aguas, y a través de la blanquecina niebla se levantan hacia el cielo las cimas de las altas palmeras. ¿Qué nombre dar a estos árboles majestuosos? Supongo que se trata del *Vadgiai*, nueva especie del género *Oreodoxa*, cuyo tronco tiene más de 80 pies de largo. Las hojas en forma de penacho tienen un brillo metálico». «El aspecto de las capas de espuma va cambiando hora por hora: ya proyectan sobre ellas sus sombras las islas montuosas y las palmeras, ya se quebran los rayos del sol poniente en la nube húmeda que cubre la catarata. Se forman arcos de colores que desvanecidos por un momento vuelven a presentarse luégo; son como juguetes del aire cuya imagen se mece sobre la llanura». «Tal es el carácter del paisaje que se descubre desde lo alto de la montaña Manimi, no descrito por ningún viajero. No temo repetirlo: ni el tiempo, ni el espectáculo de las cordilleras, ni mi residencia en los tibios valles de Méjico han podido borrar la viva impresión que me dejaron los raudales. Cuando leo las descripciones de ciertos paisajes de la India, embellecidos por aguas vivas y por una vegetación potente, la imaginación me retrata aquel mar de espuma y aquellos penachos de las palmeras surgiendo de una capa vaporosa. Sucede con las escenas majestuosas de la naturaleza lo que con las obras subli-



mes de la poesía y de las artes: dejan un recuerdo que se repite sin cesar durante toda la vida y que se asocia para siempre a todos los sentimientos de lo grande y de lo bello».

Grandes e incesantes peligros afrontaron los viajeros por las regiones incultas de América. El 6 de abril de 1800 navegaban sobre el Orinoco en medio de inmensa soledad cuando de pronto se desató una terrible tempestad. «La situación en que nos hallábamos era verdaderamente espantosa, relata Humboldt; la ribera estaba a una distancia de media milla y sobre la superficie del agua asomaban en parte las formas de un gran número de cocodrilos. Aun escapando al furor de las olas y a la voracidad de los cocodrilos y suponiendo que nos hubiera sido dado poner el pie en tierra firme, quedaban los peligros del hambre y de los tigres, porque los bosques son tan espesos en aquellas riberas y los árboles están entrelazados por tal número de lianas que hay una imposibilidad absoluta de penetrar en ellos. El hombre más robusto podría difícilmente avanzar una milla francesa en veinte días con el hacha en la mano. Y el río es tan poco frecuentado que apenas si pasará por allí una canoa de indígenas cada dos meses. En el momento más peligroso y crítico una ráfaga de viento hinchó la vela de nuestro barquichuelo y nos salvó de un modo incomprensible. No perdimos sino algunos libros y parte de nuestras provisiones».

Después de aquellos angustiosos momentos, oigamos a Humboldt cómo recuerda aquella salvación y cómo invoca el sentimiento religioso: «Qué felices nos sentimos por la noche, después de haber desembarcado, cuando nos vimos sobre la arena, cenando, sin que faltara uno solo de nosotros. La noche estaba oscura y la luna no apareció sino por un instante a través de las nubes empujadas por el viento. El religioso que nos acompañaba dirigió sus oraciones a San Francisco y a la Santísima Virgen. Y todos nos sentimos agitados por los más profundos pensamientos». La religión siempre al lado del descubrimiento y de la exploración de América! El misionero poniendo en todo momento la suprema nota de consuelo y de alivio, unas veces al lado de los soldados conquistadores, protegiendo al indígena, y otras con los sabios en las expediciones científicas en mitad de las selvas. Un día la cruz se destaca sobre las lanzas, las espadas y las flechas en san-

griente contienda y establecido ya el dominio español en el mundo recién descubierto, el mismo signo de salvación ampara los cronómetros, sectantes, barómetros, telescopios y libros de la ciencia, y con las doctrinas católicas se oyen por primera vez en mitad de los bosques salvajes las teorías de Gay-Lussac, de Newton, y de Mutis.

Es verdaderamente sublime la contemplación de Humboldt y de Bonpland desafiando los peligros de la selva americana únicamente por amor a las ciencias, exponiendo la vida a cada paso durante cinco años para alcanzar el ideal de confirmar conclusiones de física, de medir las alturas, de adelantar en los descubrimientos y de enriquecer los catálogos de la flora americana. Ellos hubieran podido viajar cómodamente por Europa y encerrados en sus gabinetes haber alcanzado los anhelos científicos que los animaban; para su gloria no necesitaban el escenario de América, pero prefirieron gastar su juventud e invertir sus fortunas en explorar el nuevo mundo y compartir las terribles durezas de los medios primitivos, vivir como los llaneros del Apure, y después de días y noches de marchas incesantes llegar a un hato, en medio de los llanos, y allí abrir los tratados, montar los aparatos, anotar el curso de los astros y tomar anotaciones para escribir luego obras de trascendental importancia. Describe Humboldt con admirable fidelidad uno de aquellos hatos y refiere los alimentos de que tenían que servirse: «Después de pasar dos noches a caballo y de buscar inútilmente durante el día un abrigo contra los ardores del sol bajo el follaje tupido de las palmeras *Murichi*, llegamos antes del anochecer a la hacienda del Caimán, llamada también Guadalupe. Es un hato de ganado, es decir, una casa aislada en la estepa, rodeada de pequeñas cabañas cubiertas de juncos y de pieles. El ganado, que se compone de toros, caballos y mulos no estaba encorralado sino que vagaba libremente en una extensión de muchas leguas cuadradas. No hay campos acotados; hombres desnudos de la cintura para arriba y armados de lanzas recorren a caballo las sabanas para cuidar de los animales, recoger a los que se alejan demasiado de la finca y herrar a los que no tienen la marca del propietario. Estos hombres de color, designados bajo el nombre de peones llaneros, son unos libres, otros manumitidos y otros esclavos. No hay raza alguna más constante-



mente expuesta a los rayos devoradores del sol de los trópicos. Se alimentan de carne puesta a secar al aire y ligeramente salada. Hasta sus caballos comen carne a veces. Siempre montados, no imaginan que alguien pueda recorrer a pie el trayecto más insignificante. Encontramos en la finca a un viejo esclavo que gobernaba en ausencia del amo. Se nos hablaba de millares de cabezas de ganado bovino que pastaban en la estepa y sin embargo no pudimos conseguir un vaso de leche. Nos dieron a beber una agua amarilla, fangosa y fétida en calabazas de *totumo*. Esa agua provenía de un pantano próximo. Es tal la pereza de los habitantes de los llanos que nadie piensa en hacer un pozo aun cuando existe la seguridad de que ahondando diez pies casi en todas partes corren hermosos veneros dentro de una capa de conglomerado rojo. Después de sufrir seis meses a causa de las inundaciones aceptan pacientemente las más penosas escaseces de agua durante la otra mitad del año. El viejo negro nos aconsejó que cubriéramos el vaso con un lienzo y que bebiéramos como a través de un filtro para que no nos incomodara el mal olor y para que pasáramos la menor cantidad posible de arcilla inmundada y rojiza que tiene en agua estancada. No pensábamos entonces que durante meses y meses tendríamos que recurrir a este medio para beber agua. La del Orinoco está muy cargada de elementos terrosos y es fétida en los recodos donde hay acumulación de cocodrilos muertos que se amontonan en los bancos de arena o quedan medio hundidos entre el fango». Y sin embargo el gran sabio se sentía como en su apartamento en París, pues el 25 de enero de 1800 dice a M. Fourcroy en interesante carta que los sabios del Instituto Francés oyeron leer en la sesión del 13 de junio siguiente: «Me limitaré a decirles de nuevo que gozo de la mejor salud del mundo; que he sido colmado de atenciones por los habitantes de estos países y que las recomendaciones y permisos del gobierno español me han dado toda facilidad imaginable para hacer investigaciones útiles a la ciencia; los aparatos e instrumentos más delicados no se han dañado, y aun en medio de las misiones de los indios Chaymas, en las montañas de Toumiriquí, he tenido montado mi laboratorio como si me encontrara en el hotel Boston, de la Rue Colombier. Mi compañero de viaje, el ciudadano Bompland, discípulo del Jardin de Plantas de París, es cada

día más y más valioso, a sólidos conocimientos en botánica y en anatomía comparada, agrega un celo infatigable. Espero que algún día vendrá a ser en su patria un sabio que será digno de la atención pública».

Y en carta de 7 de octubre de 1800 le dice a su hermano Guillermo: «No dejaré de repetirte cuán feliz me encuentro en esta parte del mundo, a cuyo clima me he habituado de tal manera que me parece que no he habitado jamás en Europa. No existen quizá en el universo países donde se pueda vivir de una manera más agradable y más tranquila que en las colonias españolas que recorro hace quince meses.... La naturaleza es rica, variada, inmensa y majestuosa sobre toda expresión».

Después de aquella larguísima expedición, durante la cual navegaron por varios afluentes del Orinoco y del Amazonas y en la que llegaron hasta los límites con el Brasil, volvieron a Angostura, donde cayó enfermo Bompland. Allí se tuvieron toda clase de consideraciones por la salud del sabio en la casa de campo de don Félix Tavera, pues aún faltaban varios miles de leguas que atravesar por el continente. Después de recorrer durante largas semanas las llanuras de Venezuela, se embarcaron para la Habana con el propósito de seguir a Méjico, pero noticias recibidas en Cuba sobre la expedición de Baudin, ya mencionada, de que se hallaba en el Cabo de Hornos y de que por la costa de Chile y Perú seguiría para Australia, decidieron a Humboldt a venir a Panamá, pasar el Istmo y encontrar tal expedición en alguna parte del sur. Embarcados para Cartagena, el capitán del buque que los traía bajó hasta el Darién por no atender las indicaciones del cronómetro de Humboldt. Desembarcaron en la bahía del río Sinú, donde emplearon dos días en herborizaciones, observaron la naturaleza y costumbres de los indios y siguieron para Cartagena, donde desembarcaron el 1.º de abril de 1801. En carta escrita aquel día a su hermano Guillermo le refiere el inmenso peligro en que estuvieron al pretender desembarcar en nuestro puerto, pues en la lucha con el mar embravecido el timón del buque se había dañado y las olas amenazaban hundirlo. De repente un viento favorable los empujó hacia la costa y los salvó. Estando ya en la bahía, un motivo científico los expuso a mayores peligros. Aquella noche había un



eclipse de luna y para poder observarlo mejor, Humboldt se hizo conducir a tierra y al desembarcar fueron observados por un grupo de negros cimarrones muy fornidos y corpulentos que escapados de la cárcel, cuyas cadenas aún los acompañaban, y armados de hacha se precipitaron sobre los sabios para robarlos o matarlos. Ante semejante amenaza retrocedieron los viajeros al buque y lograron escaparse de tal feroz ataque. «Por una curiosa circunstancia, refiere en la misma carta, el día en que me escapé de este doble peligro era Domingo de Ramos, y precisamente el Domingo de Ramos del año anterior nos habíamos encontrado en peligro de muerte en el punto de Uruana, sobre el Orinoco», o sea el día de la tempestad ya referida.

En Cartagena hizo varios estudios el Barón con el Brigadier Fidalgo, quien se hallaba allí en una excursión ordenada por el Rey de España, y le fueron de especial importancia las relaciones con don José Ignacio de Pombo, quien también lo acompañó a algunas exploraciones por la Popa y Bocagrande. Sobre el particular dice Humboldt: «He tenido ocasión de citar las memorias del señor Pombo sobre el comercio de la quina y sobre el estado de la población y la agricultura en la provincia de Cartagena. Encontramos también en la casa de un oficial de artillería (del Brigadier Domingo Esquiaqui), una colección muy curiosa de dibujos, modelos de máquinas y minerales de la Nueva Granada».

Después pasaron a Turbaco y se alojaron allí en una famosa casa de propiedad del mismo señor Pombo. Emplearon varios días consagrados a estudios de botánica, pues hallaron la región de grande interés y belleza. Muchos años después cuando el Barón regresó de la India, escribía este recuerdo: «Nuestra vida en Turbaco era sencilla y laboriosa; jóvenes, unidos por gustos y caracteres, siempre llenos de esperanzas en el porvenir, en vísperas de un viaje que debía conducirnos a las más altas cimas de los Andes, a la vista de volcanes inflamados, en un país perpetuamente agitado por temblores de tierra, nos sentíamos más felices que en ninguna otra época de nuestra lejana expedición. Los años que se han deslizado después, no todos exentos de

amarguras y penas, han aumentado el encanto de esas impresiones».

A instancias del señor Pombo y por el deseo de conocer a Mutis, Humboldt decidió no marchar a Panamá y bajar por el Pacífico al sur, sino subir el Magdalena y penetrar al Interior del país. En carta escrita en Ibagué el 21 de septiembre a Guillermo Humboldt le dice: «El ardiente deseo de ver al gran botánico don José Celestino Mutis, que es amigo de Linneo y que vive ahora en Santa Fe, y de poder comparar nuestros herbarios con los de él; la curiosidad de hacer una ascensión a la inmensa cordillera de los Andes a fin de poder hacer luego con mis observaciones personales un mapa de toda la América del Sur, del río Amazonas hacia el norte, me impellieron a preferir la ruta por tierra a Quito, por Santa Fe de Bogotá y Popayán a la ruta marítima de Puerto Bello, Panamá y Guayaquil».

El 19 de abril de 1801 salieron de Turbaco para embarcarse en el Magdalena. Tuvieron por uno de sus compañeros en el champán que los condujo, a un hijo de don Antonio Narño, sobre quien después escribió recuerdos especiales. En la carta citada refiere que emplearon 45 días en la travesía, que elaboró un mapa del río, que determinó astronómicamente 80 puntos entre Cartagena y Popayán y que estudió en Mariquita y Santa Ana las minas de plata, como también la canela, semejante a la de Ceylán. Refiere allí a su hermano la tradición indígena del salto del Tequendama y sobre la llegada a esta ciudad le dice así: «Nuestra llegada a Santa Fe ha parecido una marcha triunfal. El Arzobispo nos envió su coche, con el cual salieron los notables de la ciudad. Se nos obsequió un almuerzo a dos millas de la ciudad (probablemente en Fontibón), y entramos con más de 60 personas en nuestra compañía. Como se sabía que veníamos a hacer una visita al señor Mutis, quien es tenido aquí en extrema consideración por razón de su edad, de su aprecio en la Corte y de su carácter personal, se dio cierto brillo a nuestra llegada para honrarlo a él en nosotros. Según la etiqueta, el Virrey no puede sentarse a la mesa con nadie en la ciudad, pero como estaba por casualidad en su campo en Fucha, nos invitó a estar con él. Mutis nos ha hecho preparar una casa vecina a la de él y nos ha tratado con una amistad excepcional. El es



un eclesiástico de edad, muy venerable, de cerca de 72 años y es también hombre rico».

Luégo le informa sobre la Expedición Botánica así: «El Rey invierte para la Expedición Botánica aquí 10.000 «piestres» por año. Desde hace 15 años trabajan 30 plutores en la casa de Mutis, quien posee dos a tres mil dibujos en folio grande, que son como miniaturas. Después de la de Banks, en Londres, no he visto jamás una biblioteca botánica tan grande como la de Mutis. No obstante la proximidad al Ecuador el clima aquí es sensiblemente frío por razón de la altura indicada atrás: el termómetro está casi siempre entre 6 y 7 grados Reaumur, a veces hasta 0 grados, jamás sobre 18 grados».

La salud de Humboldt era excepcionalmente fuerte, pero no así la de Bompland, quien debido a los miasmas de los ríos y al mosquito cayó enfermo en Bogotá, lo cual los obligó a permanecer aquí dos meses. Aquel tiempo lo aprovechó el Barón para medir las motañas vecinas, visitar el lago de Guatavita, el salto del Tequendama, el cual encontró de extrema belleza por el caudal de sus aguas, la salina de Zipaquirá, el puente natural de Pandí, el nevado del Tolima y otros sitios de interés. Todos los centros intelectuales y personas de la sociedad santafereña tributaron diarias atenciones a los ilustres huéspedes y las personas que conservaban curiosidades naturales o históricas, se apresuraban a ofrecerlas al Barón. Este visitó las obras en construcción, el pequeño museo de historia natural que había formado doña Manuela Santamaría de Manrique, las Iglesias, la biblioteca pública, etc., y empleaba la mayor parte del tiempo en estudios y confrontaciones con los miembros de la expedición botánica. Refiere el historiador Groot que la tradición social de Santa Fe conservaba el relato de la visita al citado museo de la señora Santamaría de Manrique, esposa del doctor Francisco Manrique, porque rodeados los dueños de casa de varias personas amigas, ante las disertaciones científicas de la dama, su marido asombrado de oírla conversar con Humboldt, se volvió hacia ellos y les dijo: «¿No creen ustedes que mi mujer parece un Barón?». Todos celebraron con animadas risas el concepto del doctor Manrique, pero Humboldt, que no había entendido el sentido de la pregunta, asentía con toda seriedad y énfasis a las palabras del doctor Manrique.

Mutis obsequió al Barón cerca de cien magníficos dibujos de plantas de la flora de Bogotá. «Creo, dice en la carta citada, que esta colección tan interesante para la botánica como notable por la belleza de sus colores, no puede estar en mejores manos que en las de Jussieu, Lamarck y Desfontaines, y así, la ofrezco al Instituto de Francia como una muestra de mi adhesión». Es esta otra muestra del desprendimiento de Humboldt, porque, según dice Carlos Pereira, «príncipe opulento del saber como era aquel Barón, su prodigalidad no tuvo ni una sola reserva. Para su naturaleza aristocrática poseer por poseer era un signo de plebeyismo. Ni las plantas, animales ni piedras de sus colecciones, ni las observaciones hechas en donde ningún otro sabio había puesto el pie, ni las ideas generales que concebía a fuerza de meditación, constituían para él una propiedad acotada.—Las piedras, plantas y animales? Para los naturalistas.—Las observaciones? Para que las aprovecharan y elaboraran los sabios.—Las ideas? Para el mundo entero».

He dicho que visitó la Salina de Zipaquirá. En efecto, según dice el Virrey Mendinueta en su Relación de Mando, con motivo de una grande escasez de sales experimentada en el Reyno y de las quejas que por ello se dieron, «despaché un comisionado que averiguase la causa de la falta y propusiese medios para remediarla, como lo verificó oportunamente». «Despaché un comisionado», dice como despectivamente, sin dar al nombre del enviado con tal fin, a estudiar una de las mayores riquezas de la real hacienda. Ese comisionado fue nada menos que el antiguo Administrador de minas de Alemania, cuyo nombre omitido por el Virrey, hacía varias décadas se había elevado en Europa a las mayores alturas en el campo de las ciencias. El comisionado redactó en francés una interesante memoria sobre la Salina, los procedimientos de explotación, los productos, precios de venta, etc., e indicó al gobierno las medidas que debían tomarse para evitar mayores males. Esa memoria la tradujo al español y publicó en 1882 don Florentino Vesga en los «Anales de Instrucción Pública», y en 1888 la reprodujo en folleto, con anotaciones, don Luis Orjuela, nuestro colega de grato recuerdo.

Llegada la hora de abandonar nuestra ciudad se dirigió hacia el Quindío, por Fusagasugá, donde se alojó en casa de don



José María Lozano, el segundo Marqués de San Jorge, y después por Melgar y el Hato de Contreras, de don Luis Caicedo, llegó a Ibagué.

En carta escrita meses después en Lima a su hermano Guillermo (25 de noviembre de 1802), le refiere la costumbre de pasar el Quindío a espaldas de negros. Aquel no era un medio digno del gran explorador para trasmontar la cordillera. «Preferimos ir a pie, dice, y como el tiempo estaba muy bello, empleamos sólo 17 días en esas soledades donde no se encuentra ninguna señal de que haya sido habitada jamás. Se duerme allí en cabañas formadas con hojas de heliconía que se llevan consigo expresamente para ello. En la bajada occidental de los Andes hay pantanos en los cuales se hunde uno hasta las rodillas. El tiempo había cambiado: llovía a torrentes y en los últimos días nuestras botas se nos podrían en las piernas, y llegamos con los pies descalzos y cubiertos de lastimaduras a Cartago». Pero, oh poder maravilloso del Ideal y del amor a las ciencias! Aquello nada significaba a Humboldt y a Bonpland. «Llegamos, concluye, enriquecidos con una bella colección de plantas nuevas, de las cuales tengo un buen número de dibujos».

De Cartago pasaron por Buga a Popayán, teniendo siempre a nuestro lado, dice, la montaña del Chocó y las minas de platino que allí se encuentran, y a las cuales dedicó luego interesantes capítulos. El doctor Eduardo Posada, en uno de sus eruditos estudios sobre Humboldt, refiere que el sabio grabó su nombre en un inmenso árbol en El Llanito, cerca de Popayán, y agrega: «uno de nuestros mejores literatos en una excursión por aquellas comarcas halló esa notable inscripción. Refiere don José María Vergara y Vergara que en una apacible huerta de una casa de campo había un madroño de copa verdinegra que se cubría de frutos dorados y que en su tronco vio grabado este letrero: *Alejandro Von Humboldt* (ya algo borrado). Debajo, dice, tenía una fecha y otras palabras que ya no se podían leer. No me cansaba, agrega aquel literato, de mirar esa inscripción grabada por la augusta mano del sabio, y la tarde que estuve en esa casa me paseaba sin descanso del canelo al madroño, Me figuraba ver bajo sus sombras la venerable figura del sabio alemán».

De Popayán salieron el 27 de noviembre de 1801 y siguieron al Sur; trasmontaron la cordillera, pasaron el valle del Patía, cuya insalubridad halló Humboldt ser la mayor que podía encontrarse en tierras tropicales; se detuvieron corto tiempo en Pasto y penetraron al Ecuador. Llegó entonces un momento de suma importancia para nuestra historia: el encuentro de Humboldt y de Caldas en Ibarra el 31 de diciembre siguiente, a las once del día. «Qué momento tan feliz para un amante de las ciencias», dice Caldas al referir al señor Mutis su saludo con el sabio alemán. En seguida comenzaron las conferencias entre aquellos dos hombres eminentes; las consultas del payanés sobre el método de medir las montañas con el agua hirviendo, sobre lo cual ansiaba conocer las ideas del europeo, pues tenía la seguridad de ser original en muchos puntos sobre ese procedimiento y haber realizado, así, un descubrimiento. Para Caldas fueron aquellos días de decisiva influencia para el curso de su carrera, pues pudo estudiar en obras nuevas, usar los más modernos aparatos, copiar observaciones e ilustrarse, en general, al lado del gran sabio. Este, a su vez, se asombró de hallar en las tinieblas de Popayán a aquel genio que había construido aparatos propios y hecho apuntes que casi no diferían de los de él, y juntos continuaron por varias semanas haciendo exploraciones y observaciones. Se propuso entonces, por medio de Mutis, que Caldas continuara con Humboldt en viaje hacia el Sur y a México, pero el Barón no pudo aceptar la propuesta, con lo cual contrarió profundamente a Caldas. Lástima que los límites de esta conferencia no permitan una detención en tan interesantes episodios de nuestros anales nacionales, que se hallan estudiados con detenimiento en los varios estudios, llenos de erudición y de patriotismo, del doctor Eduardo Posada, el historiador colombiano que sin duda ha investigado y comentado más las páginas de la exploración Humboldtiana.

En el Ecuador realizó Humboldt uno de los más fervientes anhelos de su vida: escalar los volcanes de Pichincha, Cotopaxi, Antizana, Illiza y Chimborazo. En aquel país permaneció cerca de ocho meses haciendo frecuentes excursiones a tan interesantes sitios.



Humboldt refiere así la exploración al Pichíncha:

«Pude llegar con mis instrumentos, tomé las medidas que más interesaba conocer y recogí aire para analizarlo. Hice mi primera excursión acompañado sólo de un indio. Como La Condamine se había acercado al cráter por la parte baja del reborde, que está cubierta de nieve, yo hice mi primera tentativa por esa misma dirección y siguiendo sus huellas. Estuvimos a punto de perecer. El indio cayó, hundiéndose hasta el pecho en una hendedura, y con horror nos dimos cuenta de que habíamos pasado por un puente de nieve endurecida, pues a pocos pies de nosotros se veían agujeros que dejaban libre entrada a la luz. Sin saberlo caminábamos sobre las bóvedas que cubren el cráter. Espantado pero no desalentado, cambié de proyecto. Salen de la cintura del cráter lanzándose, por decirlo así, sobre el abismo tres picos o rocas que no están cubiertas de nieve porque los vapores que exhala la boca del cráter la derriten constantemente. Subí a una de estas rocas y encontré en el vértice una piedra que sostenida por un lado y minada por la base, avanza sobre el precipicio en forma de balcón. Allí me instalé para hacer mis experiencias, pero la piedra no tiene más de doce pies de largo y seis de ancho y la agitan con violencia las frecuentes sacudidas de los terremotos. Contamos 18 en menos de 30 minutos. Para examinar mejor el fondo del cráter nos pusimos bocabajo. No es posible imaginar nada más triste, más lúgubre ni más espantoso que lo que vimos entonces: la boca del cráter forma un agujero circular de cerca de una legua de circunferencia, cuyos bordes tallados a pico están cubiertos de nieve en la parte superior; la cavidad es de una intensa negrura, y el abismo es de tales dimensiones que se distinguen en su interior las cimas de muchas montañas. Casi nos sofocaban los vapores de azufre cuando nos acercamos a la boca; veíamos aquí y allí llamas azules que se movían de una a otra parte; cada dos o tres minutos sentíamos el fuerte sacudimiento que agitaba los bordes del cráter y que se advierte a una distancia de más de cien toesas. La Condamine encontró el cráter apagado y cubierto de nieve, pero nosotros llevamos a los habitantes de Quito la triste noticia de que su volcán vecino estaba en actividad».

«Bien peligrosa fue la subida al Chimborazo, rey de los Andes, escribe el doctor Posada, pues casi tocaron la cumbre de ese coloso. Tánta nieve les cayó a su descenso que con trabajo lograron reconocerse, y llegaron abajo con un profundo malestar. Ningún sér animado vieron en aquellas plateadas cúspides, ni siquiera los cóndores que en Antizana volaban continuamente sobre sus cabezas, como queriendo defender sus dominios contra la invasión de tan audaces viajeros».

Atravesaron el páramo de Azuay y llegaron a Cuenca. En Loja estudiaron especialmente las quinas y siguieron a navegar en el Amazonas; escalaron los Andes, descendieron a Cajamarca, donde visitaron el palacio de Atahualpa y llegaron a Trujillo en el Perú. Del puerto cercano se embarcaron para seguir a Lima, a donde entraron cinco meses después de su salida de Quito. Corta fue la permanencia de Humboldt en aquel país, pues salieron de Lima el 25 de diciembre de 1802; en Guayaquil se demoró un mes y ya para abril de 1803 se hallaba en México, gran país que debía ser teatro de importantísimas exploraciones y estudios para Humboldt. Allí permaneció cerca de un año y con el inmenso material de sus visitas a los volcanes, llanuras, antigüedades, minas, etc., escribió luégo el «Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España», que es obra fundamental de la literatura y de las ciencias de toda la América y que con «Cosmos», la otra obra monumental de Humboldt, forma una de las bases inmortales de su elevado sitio en las cumbres científicas de la humanidad. En las páginas de aquel ensayo se encuentran varios capítulos sobre Colombia y sus riquezas, estadísticas, narraciones y apuntes que serían materia de detenido estudio. Después de dejar a Méjico volvieron a la Habana a recoger una gran cantidad de material que habían dejado allí depositado desde años antes. Luego se embarcaron para los Estados Unidos, donde Humboldt visitó al Presidente Jefferson, quien lo colmó de testimonios honoríficos, y para agosto de 1804 llegaba a Burdeos, después de un viaje de cinco años y de un recorrido de 9.000 leguas. Tan pronto como pisó el continente europeo escribió a Freisleben diciéndole: «Mi expedición de 9.000 leguas en los dos hemisferios ha sido de una felicidad sin igual. Jamás he estado enfermo y me siento ahora mejor, más fuerte, más laborioso y también más feliz. Vengo con



35 cargas de tesoros botánicos, astronómicos y geológicos. Necesitaré algunos años para publicar mi gran obra. Cuánta pena me ha dado dejar el mundo indígena, tan espléndido».

Se ocupó luego en los primeros Informes rendidos al Instituto de Francia y a otros centros científicos, como también en varias donaciones para museos de historia natural y de ciencias. El valor de aquellas colecciones se acrecentó con el esfuerzo que había costado el formarlas y transportarlas: «Como durante nuestra permanencia en América la guerra marítima hacía muy inciertas las comunicaciones con Europa, dice, nos vimos precisados para disminuir el riesgo de la pérdida a formar tres colecciones diferentes, de las cuales la primera fue expedida para España y Francia, la segunda para Inglaterra, y la tercera, que era la más considerable de todas, quedó casi constantemente a nuestra vista y que hacia el fin de nuestras correrías formaba ya 42 cajas que contenían un herbario de 6.000 plantas equinociales, semillas, conchas e insectos, y las series geológicas del Chimborazo, de la Nueva Granada y de las orillas del Amazonas a Europa. Depositamos una parte de esos objetos después del viaje del Orinoco en Cuba para volverlos a tomar al regreso del Perú y Méjico, y lo restante nos ha seguido durante cinco años sobre la cordillera de los Andes y por medio de la Nueva España desde las costas del Pacífico hasta las del mar de las Antillas. El transporte de esos objetos y los cuidados que exigían nos causaron incomodidades de que nadie puede formarse idea aun después de haber recorrido los parajes menos cultivados de Europa. Se dificultaba la marcha con la triple necesidad de tener que llevar con nosotros en viajes de cinco y seis meses hasta 12, 15 y a veces 20 mulas de carga que había que cambiar cada 8 o 10 días, y así como velar y observar a los indios conductores de una tan gran caravana».

Una de aquellas colecciones fue donada para el Museo de historia natural de Francia, por lo cual el Emperador Napoleón dictó el decreto de 13 de marzo de 1804 aceptando esa donación y acordando a Bompland, a solicitud de Humboldt, según el texto de ese documento, una pensión anual de tres mil francos. Así supo agradecer Francia aquel regalo de nuestra América, y así fue Humboldt agradecido y justo con su compañero de excursiones.

Hasta el trono del Rey Federico Guillermo III tenía que presentarse el viajero con el más rico tesoro que llevara del Nuevo Mundo. Además de varias colecciones para los Reales Museos mineralógico y botánico presentó al soberano una riqueza de Colombia: «El objeto más raro y más admirado en París, dice al Rey en carta de 3 de septiembre de 1804, y que me atrevo a presentar a V. M. es un pedazo de platino encontrado en 1801 en el Chocó y que pesa más de 16 onzas, 1354 gramos justos; el más grande que ha venido a Europa, pues el que le sigue no pesa más de 40 gramos».

Los viajeros fueron recibidos con grandes muestras de admiración y simpatía, pues se les veía como a héroes que habían realizado fabulosas proezas y que llegaban cargados de tesoros científicos. Humboldt se sentó entonces por primera vez en la Academia de Ciencias del Instituto de Francia y era el hombre del día, como dice M. Hamy en su prefacio a las «Cartas Americanas» citadas; era el huésped privilegiado de los salones de París y el orador preferido de las Academias.

Siguió luego el complemento del gran viaje de Humboldt: escribir y publicar sus obras con el inmenso material acopiado. Poco a poco fueron apareciendo aquellas obras que alcanzaron a ser 22, muchas de ellas en varios volúmenes, fuera de memorias, informes y narraciones aisladas. Aquel monumento bibliográfico confirma el concepto de que Humboldt dedicó su vida a América, pues también en su obra capital, *Cosmos*, dedicó numerosos capítulos a este continente. En el «Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente», en el «Ensayo político sobre la Nueva España», en el «Examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente», en «Espectáculos de la naturaleza» y en otras obras sobre materias no menos importantes, se halla la principal parte de sus observaciones y estudios de América. Son además de gran interés y curiosidad los Atlas y Albums que acompañan esas obras, y en los cuales se encuentran vistas de monumentos antiguos y de curiosidades naturales con su respectiva historia y descripción. Las «Cartas Americanas» de Humboldt, publicadas al celebrarse el centenario del regreso del Barón a Europa, por la Sociedad de americanistas de París, son también en extremo interesantes, pues complementan en estilo sencillo y aun familiar sus narraciones de viaje.



Humboldt, que era de gran corazón, llegó a amar profundamente a nuestro continente, a sentir una tierna compasión por la raza indígena vencida y a luchar cuanto pudo contra la esclavitud de los negros. El recuerdo de nuestros bosques y llanuras, de las amistades y atenciones que recibió aquí, lo llenaron no pocas veces de tristeza. En épocas críticas para Alemania se lamentaba de la ausencia de América: «Todo me infunde la nostalgia de mis bosques del Orinoco y de la soledad de una naturaleza tan majestuosa como benéfica», decía. «Después de haber gozado de una dicha constante, de haber vagado en regiones lejanas, he vuelto sólo para compartir las desdichas de mi patria».

Continuó siempre Humboldt pendiente de la marcha de los países de América, y cuando se proclamó la independencia consideró aquel movimiento como consecuencia necesaria de situaciones políticas, económicas y geográficas que había observado y analizado con elevada visión, y en lo cual supo distinguirse por un elevado sentido de justicia para con España. Fue siempre en Europa el amigo de todo americano, el consultor de nuestros problemas, el colaborador de toda obra necesaria para nuestros países. Estudió y dio concepto sobre la apertura del canal interoceánico con gran sagacidad y previsión, analizando nueve puntos por donde podría abrirse la vía, de los cuales hizo detenido análisis del Chocó y Panamá. «Penetrando la imaginación, dice, se fija en la lucha entre dos pueblos poderosos causada por el deseo de aprovecharse exclusivamente de la nueva vía abierta al comercio de los mundos» y con suma discreción se abstuvo de profundizar sobre si el sitio por donde se abriera el canal «debería formar una República aparte bajo el nombre de Junciana, dependiente de la Confederación de los Estados Unidos», sobre lo cual se le habían transmitido opiniones.

Bolívar, que estaba en Europa cuando regresó Humboldt, fue una de las amistades preferidas del sabio, que adivinó desde entonces el genio del guerrero y libertador del mundo que él tanto conocía y amaba. En varias cartas refiere Humboldt que conferenciaba con Bolívar sobre los destinos de América, y habiéndose encontrado ellos dos con Gay-Lussac en Roma, en 1804, hicieron aquellos tres genios de la ciencia y de la libertad una memorable ascensión al Vesubio.

En 1822 tuvo Humboldt bastante adelantado el proyecto de regresar a América y de establecerse definitivamente en alguno

de nuestros centros para desarrollar una gran labor científica. «Sería, según su plan, un establecimiento en una gran ciudad de las cordilleras, con una hermosa colección de instrumentos y aparatos metereológicos y magnéticos distribuída a grandes distancias; una centralización de las observaciones; una correspondencia activa que pondría en comunicación a los sabios establecidos en las distintas estaciones desde La Plata hasta Santa Fe de Bogotá; un grupo de jóvenes instruídos, valientes y activos empleados por los distintos gobiernos, y todos unificados en sus miras, con mucha independencia; con el apoyo de los poderosos y cierta benevolencia de Europa a fin de procurar los mejores elementos». Y más tarde escribía: «Tengo la idea de acabar mis días de un modo más agradable y útil para la ciencia, en una parte del mundo en donde soy extraordinariamente querido y en donde todo me da razones para esperar una existencia feliz. Este es un medio de no morir sin gloria, de reunir a mi lado muchas personas instruídas y de gozar de la independencia de opiniones y sentimientos que necesito para mi felicidad».

Las incesantes labores a que vivía consagrado lo llevaron a nuevos viajes al Asia y a Rusia, y el ideal de la fundación del gran centro científico en América no llegó a realizarse por todas aquellas razones y luchas civiles que acabaron también muy pronto con el sueño de Bolívar sobre la Gran Colombia.

Boussingault nos describe a Humboldt cuando éste había llegado ya a los 54 años y estaba organizando en París la expedición científica que el Gobierno de Colombia le había encargado para que viniera a Bogotá: «De talla mediana, nos lo describe, bien conformado, de cabellos blancos, mirada indefinible, fisonomía viva y espiritual marcada aun con rastros de una erupción cutánea adquirida en Cartagena. El brazo derecho paralizado por un reumatismo de que sufría desde cuando le había tocado dormir en lechos de hojas húmedas a las orillas del Orinoco. Su vestido era aún el de la época del Directorio: casaca azul con botones dorados, chaleco blanco, pantalón rayado, botas con vueltas, las únicas que quedaban en París para 1821, corbata blanca y sombrero bastante ajado y maltrecho». Boussingault creía encontrar al sabio que las Cortes habían llamado a la vida diplomática, al Chambellán del Rey de Prusia y al hombre de los salones y Academias de París en una suntuosa morada, pero al penetrar en el apartamento que ocupaba en el Muelle Napoleón, cerca de la Mo-



neda, solo halló con sorpresa una pequeña alcoba, un lecho sin cortinas, cuatro sillas de paja y una gran mesa llena de libros y papeles sobre América.

Desde las ventanas de aquél apartamento divisaba la corriente del Sena y dejaba vagar su imaginación quizá nostálgica por las selvas de los Andes, por las llanuras del Orinoco, por los volcanes del Ecuador, por las ruinas históricas de Méjico.... Humboldt nació en Alemania y sirvió siempre a su patria con gran desinterés y honor, pero fue un hombre universal, un ciudadano de América que conoció, estudió y amó a nuestra tierra y cuya memoria debe honrarse como la de uno de los héroes de la ciencia, como al explorador del nuevo mundo, al maestro y fundador de nuestra geografía. Podemos decir que la América, y que Colombia en especial, han sido suficientemente gratas con Humboldt? El día en que en nuestra patria se comiencen a cumplir los grandes deberes de gratitud que aún tiene pendientes para con la memoria de los benefactores y libertadores de ella, será preciso dedicar a Humboldt repetidos homenajes, que su nombre lo lleven calles y plazas, sitios geográficos e históricos, como en otras partes del mundo, y que su efigie se destaque en medio de nuestras capitales como tributo de justicia a la grandeza de su obra y a su amor a la América.

El recuerdo de su paso por nuestra patria no puede jamás evocarse sin que venga a la memoria el símil admirable del historiador Groot cuando dice que Humboldt apareció «como un cometa luminoso sobre nuestro horizonte»....

Bogotá, julio 30 de 1934.

---

# BIBLIOGRAFIA

---

## OBRAS DE HUMBOLDT:

*Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.*

*Ensayo político sobre la Nueva España.*

*Ensayo crítico sobre la historia de la geografía del Nuevo Continente.*

*La Salina de Zipaquirá.*

*Lettres Americaines*, por M. HAMY, del Instituto de Francia.

---

*Bolívar*, por JULIO MANCINI

H. HOUSAYE, 1815.

EDUARDO POSADA, *Cartas de Caldas.*

» » *Obras de Caldas.*

» » *Apostillas.*

J. M. GROOT, *Historia Eclesiástica y civil de la Nueva Granada.*

CARLOS PEREYRA, *Humboldt en América.*

E. POSADA Y P. M. IBAÑEZ, *Relaciones de Mando de los Virreyes del Nuevo Reino de Granada.*

F. J. CALDAS, *Semanario del Nuevo Reino de Granada.*

BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES—Bogotá.

---

---

